



Cómo quisiera decirte. Antología de correspondencia amorosa

© De la traducción, 2015: Leonardo Villarroel y Sofía Montenegro

© De esta edición:

2015, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
2023, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono +57 60 1 3906950
Bogotá-Colombia
www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7520-98-1

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición en Chile: 2015

Segunda edición en Chile: marzo de 2017

Primera edición en Colombia: Septiembre de 2023

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín y Julia Ortega

Diseño de cubierta: Roberto Peñailillo

Imagen de cubierta: Shutterstock

Agradecimientos

Gabriela Mistral. “Carta a Manuel Magallanes Moure” (26 de marzo)
La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela
Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría son entregados a la Orden
Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile,
de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso
previo, por escrito, de la editorial.

Cómo quisiera decirte

Antología de
correspondencia amorosa

Prólogo de Sara Bertrand

loqueleo

PRÓLOGO

Por Sara Bertrand

“Si me gustan las canciones de amor”¹

7

*“(Todas las palabras esdrújulas
como los sentimientos esdrújulos
son naturalmente ridículos)”.*

Álvaro de Campos
(Fernando Pessoa)

Cuenta la leyenda que Marie de Rabutin-Chantal, más conocida como Madame de Sévigné, huérfana de padres, viuda a temprana edad y dotada de una importante fortuna, se hizo adicta a la escritura de cartas. Decía que apenas recibía una, necesitaba otra y otra y otra. Sin ellas, la heredera no podía vivir y, por eso, se aplicó escribiéndolas. Quería respuestas. Sometida a ese impulso irrefrenable, se dice que llegó a escribir más de un millón, la mayoría a su hija y aunque jamás pensó que serían publicadas, después de su muerte, las cartas de Madame de Sévigné se convirtieron en lectura obligada para escritores como Marcel Proust o Virginia Woolf. En esas

1 Charly García.

inspiradas misivas, ella logró ofrecer una crónica política y social de París del siglo XVII, y también —no es difícil aventurar— sobre sus amores, ausencias y desencantos. ¿Cuántos enredos se urdieron bajo su diligente pluma? No lo sabremos, pero sí conocemos que ya entonces el correo amoroso funcionaba como institución en toda Europa, ofreciendo citas, transportando secretos o simplemente elogiando a sus receptores. Porque, tal como afirma Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*, “la carta, para el enamorado, no tiene valor táctico: es puramente expresiva, en rigor adulatora (pero la adulación no es aquí en absoluto interesada: no es sino la palabra de la devoción)”. Hojear un epistolario amoroso es, por antonomasia, adentrarse en una expresividad sin decoro: “*Te idolatro hoy más que nunca jamás*” (Simón Bolívar a Manuela Sáenz); “*lo que la sabiduría es para el filósofo, lo que Dios es para su santo, eres tú para mí*” (Oscar Wilde a lord Alfred Douglas). El enamorado firma con los pies en el abismo: “*Cómo temo volverme un estúpido*” (Gustave Flaubert a Louise Colet).

Sin estos testimonios, la historia de la humanidad sería menos sabrosa que la que conocemos hoy. Faltarían matices, detalles que permitan comprender las vidas y relaciones de sus actores. Alguna vez, el pintor Salvador Dalí afirmó, subestimándola, que la política era una anécdota de la historia y, en cambio, recalcó el papel que tenían el juego, el placer y el amor en las expresiones humanas. Algo de ese ejercicio indiscreto nos ofrece el acercarnos a cualquier carta de amor. Sin ir más lejos, e

inmiscuyéndonos en el triángulo amoroso que configuró el pintor catalán junto a Gala y el poeta Paul Éluard, podemos entender lo que estuvo en juego entre ellos tres. Éluard le escribe a Gala luego que la rusa lo abandona para convertirse en la musa de Dalí: *“Todo es siniestro, todo es horrendo. En mí, la idea de la muerte se mezcla más y más con la del amor. Te creo perdida”*. Y seguirá escribiéndole, e intentará atraerla contándole sobre su hija Cécile que quedó a su cuidado mientras Gala posaba para el surrealismo.

9

Las cartas ofrecen pistas, construyen mapas y, gracias a ellas, configuramos el paisaje, sumergiéndonos en la intimidad de las biografías de artistas, políticos y pensadores. En otras palabras, en el contexto de sus propias vidas. Y ese es uno de los aciertos de este epistolario amoroso: disponer de cartas y de las circunstancias en que fueron escritas. El *dite, dite, come fu de Rigoletto*, el cómo, cuándo y por qué un comprometido Karl Marx escribe a su querida Jenny: *“Pero el amor, no por el hombre de Feuerbach ni por el metabolismo de Moleschott, ni por el proletariado, sino el amor por una dulce enamorada y en especial por ti, hace que un hombre vuelva a ser un hombre”*. Estas cartas nos acercan a una voz que creíamos enterrada, hundida bajo el peso de la contingencia o, en el mejor de los casos, de las obras a las que dio origen. Surge esa voz íntima y personal que solo una carta es capaz de revivir: *“¡Ah, si hubieras clavado una daga en mi corazón, habrías sido mucho menos cruel que usando esta fatídica arma que me está matando! Mira lo que era y lo que soy, mira hasta qué*

punto me has rebajado”, le escribe el filósofo Jean-Jacques Rousseau a Sophie d’Houdetot. Ella no es su mujer; es su amada, la mujer a quien él desea. Porque, tal como sugiere Barthes, la dialéctica particular de la carta de amor está “cargada de ganas de expresar el deseo”. Esclavo, guardián, servidor, el discurso del enamorado exagera: “Y Adèle, mi adorable Adèle, ¡tengo tanto que decirte! ¡Oh, Dios! Llevo dos días preguntándome a cada momento si acaso tanto amor no es un sueño”, escribe Víctor Hugo a su amiga de la infancia y esposa, Adèle Foucher.

10

Treinta y dos cartas conforman este epistolario. Treinta y dos personajes disímiles: poetas, narradores, músicos, políticos e intelectuales. ¿De qué nos hablan?, ¿qué música sugieren?, ¿cuál es el *soundtrack* de estos amores prohibidos, platónicos, domésticos, ingenuos o desesperados? ¿Qué aman Marx, Balzac o Wilde? ¿Qué esperan Carmen Arriagada, Virginia Woolf o Gabriela Mistral? ¿Qué papel desempeñan en la relación con el sujeto amado? La diversidad es parte de su riqueza. En este epistolario, no todos son amores no correspondidos, como el caso de Rousseau; los hay apasionados, tiernos, serios y circunspectos. Incluso, considerados escandalosos, como los de Voltaire u Oscar Wilde, quien llegó a pagar con la cárcel: “*Aun cubierto de fango te llenaré de elogios, desde el abismo más profundo clamaré por ti. En mi soledad estarás conmigo*”.

Ordenadas cronológicamente, abarcan desde 1713 hasta 1941, año en que está datada la fatídica última carta que le escribiera Virginia Woolf a su marido Leonard

antes de morir: “*Si hubiera habido alguien capaz de salvarme, ese habrías sido tú. Todo me ha abandonado, menos la certeza de tu bondad*”.

Las cartas de amor interpelan, y al leerlas, igual que el poeta Gonzalo Rojas, preguntamos: ¿qué se ama cuando se ama? “*Te beso y te abrazo 1.095.060.427.082 veces (esto te dará una buena oportunidad para practicar el conteo)*”, escribe Mozart a Constanze Weber. Pero no todo es hipérbole, como podemos apreciar en la carta que envía la aviadora Amelia Earhart a su futuro marido, George P. Putnam, poco antes de su compromiso: “*Veo este paso como lo más tonto que podría hacer en este momento. Sé que pueden haber recompensas, pero no tengo corazón para mirar hacia delante*”. Las cartas no mienten, el emisor está dispuesto a desnudarse. Voltaire le escribe a su prohibido amor, Olympe Dunoyer: “*Dejaré el hotel de incógnito, tomaré un carruaje o un carro, conduciremos como el viento a Scheveningen; llevaré papel y tinta conmigo; escribiremos nuestras cartas*”. ¿Qué significa “*escribiremos nuestras cartas*” sino la promesa de exponerse y confiar hasta lo más recóndito? Pues, tal como afirma el poeta español Pedro Salinas en *El defensor*, la primera claridad de una carta es lo que muestra de quien la escribe: “*Todo el que escribe debe verse inclinado —Narciso involuntario— sobre una superficie en la que se ve, antes que a otra cosa, a sí mismo*”. Cuando el enamorado escribe y describe, cuando exagera; cuando atenta contra el uso de la esdrújula; cuando se contiene; cuando guarda recato, aun cuando reta o insulta, como Napoleón a su Joséphine: “*Ya no te*

amo más; al contrario, te detesto. Eres horrible, muy torpe y estúpida, toda una Cenicienta"; quiere atraer al otro y, en ese afán, se exhibe.

12

Por eso, la cuestión de las cartas de amor, y yendo un poco más allá, de cualquier carta, además del artificio, la realidad o ficción con que se presente lo que narra; además del invaluable testimonio de época que constituyen y de los datos biográficos que aportan, es la pluma, el quién la escribe. La pregunta acerca de si son literarias en sí mismas o se vuelven objeto de literatura por su rúbrica es una pregunta antigua que tiene adeptos y detractores. Pero independiente de si se está a favor o en contra, Madame de Sévigné es el mejor ejemplo de que no necesariamente se tiene que ser poeta o escritor para sobresalir en este arte. Y, también, que ser poeta o escritor no asegura que esas cartas sean una obra de gran valor literario. De hecho, entre las parejas literarias emblemáticas que tuvo intensa correspondencia amorosa se encuentra Ted Hughes y Sylvia Plath, ambos con epistolarios publicados, el de Hughes llenos de imágenes cotidianas y esa atmósfera familiar tan exquisita a la hora de leer una carta, y las de Sylvia, más discretas, aun cuando literariamente hablando la cuestión fuera al revés. En su verso titulado "Carta de amor", Plath es capaz de conducirnos directamente a lo que se siente al recibirlas:

*"Empecé a brotar como una rama en marzo:
un brazo, una pierna, un brazo, una pierna.
Y ascendí de piedra a nube".*

La posibilidad de adentrarnos en un espacio pequeño y contenido, lo que precisamente ofrece esa cotidianeidad relatada, es lo más inquietante y, a la vez, seductor del ejercicio de leer cartas. Las misivas de Schumann, Hawthorne, Twain o Mansfield aluden a esos mundos, se trata de amores tranquilos y hogareños, pero no por ello menos inspiradores: *“Hay quienes odian la belleza y sostienen que los cisnes no son más que gansos grandes; uno podría decir con la misma lógica que la distancia es tan solo una cercanía que ha sido separada”*, le escribe en su ausencia Schumann a su mujer, la pianista Clara Schumann, y, con ello, muestra uno de los elementos más característicos del epistolario amoroso: las cartas representan un anhelo de cercanía. Como dice Barthes, “donde no estás: tal es el comienzo de la escritura”.

13

Por eso, independiente del tipo de amor que reflejen o del estatus que le asignemos, las cartas de amor suelen sonar febriles, ansiosas o exageradas. El objeto amoroso parece siempre tan lejos, un cuerpo celeste que hace señas desde lo inasible, que la voz desespera, clama, ansía y no descansa, pero, tal como agregara Pessoa en su poema sobre cartas de amor:

*Al final
solo las criaturas que nunca escribieron
cartas de amor
son las que son
ridículas.*

Voltaire a Olympe Dunoyer

14

François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire, llegó a los 19 años a vivir a Holanda enviado por su padre, quien esperaba que allá olvidara sus anhelos de convertirse en escritor. En la ciudad de La Haya, el autor de *Cándido o el optimismo* se enamoró de Olympe Dunoyer, una joven francesa de 21 años, quien correspondió a los sentimientos del joven filósofo. Sin embargo, la madre de Olympe se opuso tajantemente al romance, la relación se convirtió en un escándalo y se vieron forzados a verse en secreto e intercambiar cartas por medio de terceros. Al enterarse del *affaire* de su hijo, el padre de Voltaire envió una autorización a las fuerzas holandesas para aprisionarlo y lo marginó de su testamento temporalmente. Antes de descubrir las consecuencias de su romance y regresar arrepentido a París a pedirle perdón a su padre, Voltaire le envió una última y apasionada carta a su amada Olympe.



La Haya, 1713.

Soy prisionero aquí en el nombre del rey; pueden quitarme la vida, pero no el amor que siento por ti. Sí, mi adorable amante, esta noche te veré aunque tenga que poner mi cabeza en la guillotina para hacerlo. Por amor de Dios, no me hables en términos tan trágicos en tus cartas; debes vivir y ser cautelosa, cuídate de tu madre como de tu peor enemigo. ¿Qué es lo que digo? Cuídate de todos, no confíes en nadie. Mantente alerta apenas la luna se pueda ver; dejaré el hotel de incógnito, tomaré un carruaje o un carro, conduciremos como el viento a Scheveningen; llevaré papel y tinta conmigo; escribiremos nuestras cartas. Si me amas, ten calma, y usa toda tu fuerza y compostura a tu favor; no dejes que tu madre se dé cuenta de nada, trata de tener a mano tu retrato, y ten claro que ni la amenaza de las peores torturas evitará que sea tu servidor. No, nada tiene el poder de separarme de ti; nuestro amor se basa en la virtud, y durará tanto como nuestras vidas. Adiós, no hay nada que no me atreva a hacer por ti; te mereces mucho más que eso. ¡Adiós, mi querido corazón!

Arouet

Jean-Jacques Rousseau a la condesa Sophie d'Houdetot

16

En 1756, Jean-Jacques Rousseau era un reconocido intelectual en Francia gracias a su participación en el concurso de ensayo de la Academia de Dijon con dos textos: "Discurso sobre las ciencias y las artes" y "Discurso sobre el origen de la desigualdad". Estaba casado con Therese Le Vasseau y, a pesar de su fama, tenía un perfil discreto que no iba acorde con la agitada vida parisina. Por eso, cuando el matrimonio recibió la invitación de Madame D'Épinay a pasar una temporada en su casa en el valle de Montmorency, al norte de Francia, aceptaron de inmediato y se alejaron de la capital. Permanecieron ahí un año y, en el transcurso de ese tiempo, el filósofo conoció a Sophie, la amante de su amigo el poeta Jean-François Saint-Lambert. Rousseau la describió como una mujer de treinta años no tan hermosa, pero atractiva. Salían a caminar juntos por el campo y gozaban de la mutua compañía y de largas conversaciones. Sophie comenzó a visitar más frecuentemente a Rousseau, a pesar de no estar realmente interesada en él, y estos encuentros hicieron que el filósofo se prendara de ella y le enviara cartas declarándole su amor. Pero Sophie, si bien agradeció sus atenciones, no sentía lo mismo por él. A pesar de la negativa, Rousseau declararía años después, en su libro *Las confesiones*, que Sophie d'Houdetot fue el gran amor de su vida.



Ven, Sophie, para que pueda torturar tu injusto corazón, para que así yo también pueda ser implacable contigo. ¿Por qué debiera tenerte piedad cuando me robas la razón, el honor y la vida? ¿Por qué debiera permitir que pases tus días en paz cuando haces que los míos sean insoportables? ¡Ah, si hubieras clavado una daga en mi corazón, habrías sido mucho menos cruel que usando esta fatídica arma que me está matando! Mira lo que era y lo que soy, mira hasta qué punto me has rebajado. Cuando te dignaste a ser mía, yo era más que un hombre; desde que me has apartado de ti, soy el más ruin de los mortales. He perdido toda razón, todo entendimiento, y todo coraje; en una palabra, ¡me has quitado todo! ¿Cómo has podido decidir destruir tu propia obra? ¿Cómo te atreves a considerar indigno de estima a quien alguna vez honraste con tu gracia? Ah, Sophie, te imploro, no te avergüences de un amigo al que alguna vez quisiste. Por tu propio honor te pido que no te desentiendas de mí. ¿No soy acaso de tu propiedad? ¿No has tomado posesión de mí? Eso no lo puedes negar, y como te pertenezco a pesar de mí y a pesar de ti, déjame al menos merecer ser tuyo. Piensa en esos momentos de felicidad que, para mi tortura, nunca podré olvidar. Esa llama invisible de la que recibí una segunda y más preciosa vida le entregó a mi alma y mis sentidos toda la fuerza de la juventud. El brillo de mis sentimientos me elevó hacia ti. ¿Cuántas veces no sentiste tu corazón, lleno de amor por otro, tocado

por la pasión del mío? ¿Cuántas veces me dijiste en la arboleda junto a la cascada: “Eres el amante más tierno que yo pudiera imaginar; no, ¡nunca un hombre amó como tú!”? ¡Qué triunfo fue para mí escuchar tal confesión de tus labios! ¡Sí, fue real! Fue producto de la pasión que yo exigía tan ardorosamente, la que esperaba que te volviera más receptiva y despertase en ti una compasión de la que ahora te arrepientes tan amargamente...

18

¡Oh, Sophie! Tras todos los dulces momentos, la idea de la renuncia eterna es terrible para quien se entristece por ya no poder ser más uno solo contigo. ¿Acaso tus tiernos ojos nunca volverán a caer ante mi mirada, con esa dulce vergüenza, que me llena de sensual deseo? ¿Acaso nunca más voy a sentir ese temblor celestial, ese fuego enloquecedor y devastador, que más rápido que un rayo... ¡oh, ese momento inexpresable! ¿Qué corazón, qué dios podría haberte conocido y resistido?

Johann Wolfgang von Goethe a Charlotte von Stein

El autor de *Fausto* llegó a la corte del duque de Weimar luego de haber alcanzado la cima de las letras germanas con su primera novela, *Las desventuras del joven Werther*. Durante su estancia, conoció a la baronesa Charlotte von Stein, de quien el escritor ya tenía referencias: había escuchado que era hermosa, dulce y sensible, pero casada y madre de cuatro hijos. Por su parte, Charlotte, lectora empedernida del *Werther*, también había recibido comentarios del escritor que despertaron su interés. La relación fue larga y difícil, y solo pudieron ser amantes de forma platónica porque el acercamiento físico fue imposible de concretar. Goethe se entregó por entero a sus sentimientos y toda la obra creada en ese período se la dedicó a Charlotte. Luego de un tiempo, la imposibilidad de estar juntos comenzó a afectar de tal manera al escritor que decidió alejarse de ella y partió a un largo viaje por Italia. Desde allá escribió infatigablemente a sus amigos y, por sobre todo, a Charlotte, quien dejó una huella indeleble en la figura atormentada del joven Goethe.



23 de diciembre de 1786

¡Tan solo déjame agradecerte por tu carta! Déjame olvidar por un momento la parte dolorosa de sus contenidos. ¡Mi amor! ¡Mi amor! Déjame rogarte de rodillas, implorándote, haz mi retorno a ti más fácil para no quedar exiliado en la grandeza del mundo.

20 Perdóname generosamente por mis pecados hacia ti, y absuélveme. Cuéntame a menudo y con detalle cómo estás viviendo, que estás bien, que me amas. En mi próxima carta te contaré acerca de mi itinerario de viaje y lo que pienso hacer; ojalá el Cielo lo haga prosperar. Solo te ruego que no me consideres como alguien ajeno a ti, nada en el mundo podría remplazar lo que perdería si te pierdo a ti y mi historia contigo. Espero conseguir la fuerza para sufrir con más hombría toda contrariedad. No abras las cajas, te ruego, y no te sientas ansiosa. Dales mis saludos a Stein y Ernest, le agradezco a Fritz por su carta, deja que me escriba a menudo, ya he empezado a coleccionar lo que me ha pedido, y lo tendrá.

Que estés enferma, enferma por mi culpa, oprime mi corazón a tal punto que no puedo describírtelo. Perdóname, yo mismo he estado luchando entre la vida y la muerte, y no hay palabras para expresar el estado en que me encontraba. Este otoño me ha devuelto a mis sentimientos. ¡Mi amor! ¡Mi amor!